

LA FUENTE MÁGICA

Rosa era una niña estudiosa, simpática y extrovertida. Solía pasear por las calles de Granada, ya que vivía en el centro. A veces también iba a pasear por la vega, cuando salía del colegio Lux Mundi, que estaba en Cújar.

Un buen día soleado de Abril, salió a darse una vuelta por la vega y vio un camino en el que nunca se habría fijado y decidió adentrarse en él, pues vio algo muy raro a lo lejos. Cuando llegó a aquella zona extraña, vio que era un surtidor de agua multicolor del que salían unos pequeños destellos, como unas pequeñas gotas de purpurina. Metió la mano para tocar el agua cristalina y cuando la sacó vio que su mano no estaba mojada. La volvió a meter otra vez para ver si ocurría lo mismo y cuando la sacó la mano seguía seca.

Al llegar a su casa, le contó lo sucedido a sus padres y preguntó qué era aquella fuente tan extraña y rara, a lo que ellos le contestaron que no sabían nada de lo que les contaba, pues habían salido varias veces por aquella zona a pasear y nunca lo habían visto. Después de cenar, Rosa se fue a su habitación, se sentó en la cama, y se puso a recordar lo que le había pasado aquella tarde. Buscó sobre esa fantástica fuente en Internet pero no encontró nada. Tenía mucha intriga por saber algo más sobre aquel descubrimiento.

Al día siguiente, aunque amaneció con nubes y claros, Rosa y su familia se iban a Sierra Nevada a esquiar, pero a ella se le habían quitado las ganas de ir; sólo pensaba en volver otra vez a aquella fuente con sus padres, para que vieran y disfrutaran con ella. Rosa le había preguntado a sus padres que si después de esquiar podrían ir a Cújar, a pasear, a lo que sus padres le dijeron que si insistía tanto que sí.

Tras un largo día de nieve, caídas, diversión y risas, Rosa esperaba ansiosa que llegara la tarde.

La familia al completo llegaron al pueblo. Rosa guió a sus padres buscando aquella fuente con destellos purpurina, pues sus padres no veían nada. Cuando se encontraron en el mismo sitio donde la niña había estado la tarde anterior, la desilusión cayó

sobre ella, pues no veía nada de lo que había contado a sus padres y Rosa se puso a llorar desconsolada.

Mientras los papás de Rosa la consolaban y se alejaban del lugar, un rayo de sol atravesó las nubes y, al volver la vista atrás, Rosa se paró y señaló con su brazo extendido hacia el lugar y, sus padres extrañados, decidieron volver. Rosa toró de nuevo la fuente purpurina y sus manos no se mojaban. De repente el padre de la niña se puso a reír, se agachó y leyó lo que ponía sobre un pequeño cartel semienterrado en el suelo que decía: "EMASAGRA, Fuente pública en construcción".

Por el camino de regreso a casa, el padre de Rosa le explicó que la extraña fuente no era otra cosa que el aire a presión que salía de la tubería mezclado con unas gotitas de agua que, al darle el sol, parecían purpurina.